

## **Cada persona un verso**

Nuestro deambular furtivo, errante  
por la avenida de los altos chopos  
que prestan paz al último descanso...  
es un verso que unido a las restantes  
melodías, compone un gran poema.  
El grandioso poema de la vida,  
el oscuro poema de la vida;  
la vida, la pasión, el hombre, el mundo,  
el desamor, la tinta derramada  
sobre el rostro borrando sus acentos.  
Y no podemos vivir sin acentos  
que nos permitan campear las horas,  
sin ilusiones cubos de colores  
con los que entretener el negro hastío.

Tus ojos, los abrazos de tu sangre,  
los libros por leer sobre mi mesa,  
los momentos pasados entre amigos,  
la breve música cuando te ríes...  
son brillantes acentos de mis días

...y con la pluma cuento a cada instante  
las sílabas que son de tu mirada.

(De *Las sílabas que son de tu mirada*)

## **Fuego**

El fuego nace en cualquier sitio.  
Mira, la piedra es fría, mas si frotas  
una contra otra saltarán las chispas  
capaces de arrasarlo todo el invierno,  
de podar las púas y yemas del corazón  
como quien mata la risa y el llanto.  
Incluso las calles heladas  
arden con una llama tenue y siempre  
a punto de expirar –pero ya nunca-  
en los sueños de cartón de un mendigo  
que vive por no ceder a la escarcha.  
El fuego brota de la chistera de un mago  
cuando menos se espera:  
en tímidas miradas de autobús  
abiertas a ese cielo de lo incierto,  
en tazones rellenos de café  
de un desayuno solo en la cocina;  
y a veces nos congela, nos detiene  
en el propósito de no quemarnos:  
amiga, la otra noche, donde no había nada,  
de repente un fuego.

( De *La batalla de la luz* )

## **Elegía de los pájaros**

Y cómo vuelan los pájaros del alma,  
cruzan los mares buscando un indicio de tierra,  
un lugar donde su sombra sea tangible,  
un reino donde cada pluma suya  
sea una torre levantada frente al trueno.  
El mar, las corrientes de aire,  
se empeñan en inclinar su vuelo,  
en mojar sus alas para que nunca lleguen a destino,  
en convertir su empresa en pasto de los tiburones.  
Esos pájaros llevan la música de los bosques en su pico,  
una luz sin tiempo en los ojos,  
las esquirlas del viento son fuego en sus garras.  
Y yo soy el que os espera,  
el que nada en la tierra buscando vuestro signo;  
¿cruzaréis la frontera de mis ojos,  
disiparéis las nubes que los surcan  
amenazando lluvia,  
dónde escondéis el arpón veloz,  
el rayo que ilumina antes que la mirada,  
cuándo me golpearéis la estupidez,  
me haréis beber la llave  
que conduce a la cueva de los ladrones,  
cuándo tocaréis suavemente el hombro  
del muchacho que moja los zapatos en los charcos?  
Mirad, allá se extiende la ciudad de las torretas azules  
y las palabras de humo,  
y hay centinelas que hablan del desierto  
que se esconde en la tristeza.  
Os lo ruego, atravesad su pecho,  
eliminad la daga con que acuchillan mis brazos.

(De *La batalla de la luz*)

## **El comienzo de la cuerda**

Ayer sentías que la oscuridad se apoderaba de tu reino,  
una resaca profunda,  
una tormenta de desánimo cayendo sobre tus ojos.  
Tuviste miedo de caminar hacia atrás,  
de volver a la abundancia desierta,  
al bosque espeso de lo inanimado,  
de ser un ciempiés ahogado bajo la luna.

Una voz te decía:

*la noche lo absorbe todo, te inclinarás ante mí;  
tras la muerte no hay nada, te inclinarás ante mí;  
la Verdad no existe, el Verbo está vacío,  
te inclinarás ante mí.*

Mentiras, mentiras, mentiras.

Bajo el cieno hay vida,  
tras la luna aguarda el sol,  
la Verdad está en las calles  
esperando que un guante caiga de nuestras manos.

En mis manos y en las tuyas hay una cuerda  
y hoy es el comienzo porque todo se repite  
y el tiempo nada enseña por sí solo.

Pero una cuerda no se sube a fuerza de músculo,  
no existe ingenio capaz de superarla,  
no basta desearlo para tomar su cumbre.

Para subir y ser hombre hay que ver y oír, palpar y gustar,  
olfatear la vida hasta su entrañas.

Hoy como siempre comienza una cuerda en nosotros,  
una escala resbaladiza,  
un camino para seguir y no perecer en el intento.

(De *La batalla de la luz*)

## IV

Cordel de vacío en medio de la espesura,  
cruz de carne surcada por el viento  
en las llanuras yertas de la oscuridad,  
nada en mi corazón,  
nada en las deshojadas manos,  
sólo contradicción,  
las legiones bárbaras asolando los valles.  
Mas tú llegas amor  
anunciando tu rayo por las avenidas,  
como el canto del gallo anuncia la llegada de la aurora,  
tú, amor, cincelas la roca modelándola como el lecho de un río.  
Y cubres la frente de laureles,  
y la yedra, invicta, cura las grietas de los muros,  
el fuego derrite las sandalias de hielo.  
Tú, única en quien podría cifrar mi bien,  
yo, pudridero de riquezas que a nada huelen,  
asepsia de latón y vajillas.  
Pues, qué queda de un hombre cuando se desnuda:  
tristeza de la piel,  
fantasías que se esfuman en el aire,  
dolor, mentira, vacío.  
Sólo un cuerpo que se tiene a sí mismo,  
que sería presa de las fieras en la selva,  
hambre en la soledad del desierto.  
Ah pero tú llegas, amada,  
y me conviertes en ave que alza su canto  
allende la vida,  
allende el bien y el mal,  
el tiempo y el espacio.  
Tú llegas, amada, de noche, en pleno día,  
y de los muchos haces la unidad.

*(De Nada que decir)*

La brisa se perdió entre las nubes.  
Luego bajó más limpia,  
tocada por la pureza del sol  
aún presente en la mañana neblinosa.  
Estoy sentado,  
mirando las extrañas mezclas de gris y azul,  
y el corazón ve un espacio que nunca acaba,  
una luz ya sin límites.  
Qué escueta mi figura en el balcón.  
Sin embargo la extensión de abetos se alarga en el norte  
coronada por espejos de nieve,  
y el arroyo arrastra las hojas en los bosques de otoño;  
los tuaregs, firmes, marcan surcos en el desierto.  
A veces desde la oscuridad de los ojos cerrados,  
ve el hombre en sucesión de imágenes  
distintos puntos de la tierra,  
como si con sus brazos de aire abarcara todo el mundo  
para introducirlo en su sangre:  
el canto del jilguero, la alta hierba  
del arrozal, la luz perenne de la rosa.  
Y en esas imágenes también llega  
una instantánea de tu alma,  
quién sabe en qué campo de Dios,  
en qué ciudad, en qué verde azotea.

(De *Los nombres de Helena* )

Sobre los campos de la primavera  
yacíamos, cuerpos ligeros  
enroscados como un caracol  
con luz de fondo.  
En la tierra temprana  
el sol amaba la floración nueva  
de la piel, las agujas de los pinos  
tapizaban los bosques,  
antorchas diminutas de una nueva edad.  
Cómo te amaba entonces,  
como un espejo de oro brotando hojas,  
una raíz a ras de tierra,  
un río que habla con el mar.  
Eras ruiseñor blanco, alba de nieve  
cantando la verdad en la montaña,  
a través de los vientos susurrantes.  
Y cómo te echo en falta ahora,  
Cuando mi corazón sabe a vacío,  
y perdí el rastro de tus pasos  
en la primera tala de los árboles.

(De *Los nombres de Helena* )



Amiga, hoy te contemplo con la tarde  
soñando en la ventana, sus reflejos  
dorando tu silueta adormecida.  
Un rayo ha conquistado tu espalda,  
y separa países de tu piel,  
señala la frontera de las manos,  
los montes de los hombros  
recogen los frutos dorados  
del tacto como un tesoro que acaba  
donde el aire comienza.  
Mientras, tú duermes.  
Pareces en la paz de tu reposo  
un sonido de oro, una balada  
que hubiera conseguido humana consistencia,  
un don que si se toca  
impregna los poros de luz.  
Y me asomo a la calle, al ruido de sus gentes,  
al movimiento de los niños,  
que rotan como astros  
en torno de su juego.

(De *Los nombres de Helena* )

## Recuerdo de infancia

Brillaban los cristales a la luz  
templada de la nueva claridad.

Aquel era un latido ilusionado,  
un verso de aire en la cañada.

Ni siquiera tenías doce años;  
yo tampoco.

Difícil es sentir la calidez  
del fuego cuando es yesca rota,  
brasa que no te alumbra desde lejos,  
desde las losas pálidas de una habitación.

Brillaban los cristales.

Una luz los doraba desde fuera,  
otro clamor distinto teñía el vidrio con palabras  
venidas desde dentro, de los bosques  
donde el alma se eleva para tocar la nube.

Era invierno, quizás luz de un lejano otoño,  
en días de escuela en que yo te amaba,  
miraba tras el brillo del cristal el vuelo de los pájaros,  
las tapias pintadas de tiza.

Ha pasado voraz la estación, su programado ciclo,  
y recuerdo los sueños en el frío nocturno,  
la lírica callada de tu cuerpo.

Entonces me bastaba ir tras los ríos de la noche,  
buscar en el oráculo oscuro de la madrugada.

(Inédito)

Rafael Antúnez Arce nace en Córdoba en 1975, donde vive actualmente.

Ha publicado los libros de poemas: *Las sílabas que son de tu mirada* (Ediciones del Minotauro, Córdoba 1997), *La batalla de la luz* (Editorial Follas Novas, Santiago de Compostela 2001) , *Nada que decir* (Ediciones Rialp, Madrid 2002) y *Los nombres de Helena* (Editorial Renacimiento, Sevilla 2006).

Ha intervenido en diversas revistas (Extramuros, Ánfora nova, etc...) y congresos.

Ganó el Accésit del premio Rosalía de Castro en el 2001, y el Accésit del premio Adonais en ese mismo año.

Incluido en alguna selección de poesía cordobesa actual como la que hace la revista mejicana *La flama en el espejo* (México D.F. 2001) y en la antología *Inéditos* ( Editorial Huerga y Fierro, Madrid 2002).

Seleccionado en la antología *Edad presente. Poesía cordobesa para el siglo XXI* (Fundación José Manuel Lara, Sevilla 2003) y en *Sexta antología de "Adonais"* ( Ediciones Rialp, Madrid 2004).

Ha intervenido con frecuencia impartiendo cursos de escritura creativa.